

NORBERTO BOBBIO: UN SOCIALISTA LIBERAL

Homenaje a un maestro

Nicolás LÓPEZ CALERA
Universidad de Granada (España).

Norberto Bobbio es una de las grandes figuras del pensamiento político y jurídico de nuestro tiempo. Se puede afirmar con motivos que Bobbio, junto con Kelsen, Hart, Rawls, Habermas y Dworkin, ha sido uno de esos grandes maestros de la filosofía jurídica y política del siglo XX que quedarán como clásicos.

Visitó Granada hace ya años invitado por nuestro Departamento de Filosofía del Derecho, colaboró con nuestra revista *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, me distinguió con su amistad y colaboré con él en un seminario sobre la filosofía del Estado de Hegel tenido en la Universidad de Nápoles.

Aunque fue un profesor muy clásico en su formación y en sus formas y se confesaba más profesor que otra cosa, Bobbio fue paradójicamente un “outsider”. Fue un escritor de la academia y para la vida. Alrededor de los años cincuenta entró por convicción ética en lo que llamaba la cultura militante, la “filosofía militante”, para hablar de política y cultura, para intervenir en el debate sobre democracia y socialismo y sobre la existencia o no de una teoría del Estado en Marx. Esta clase de actividad intelectual fue, en mi modesta opinión, una de las grandes enseñanzas de Bobbio. Era profesor de filosofía del derecho y de filosofía política, pero sobre todo tenía un compromiso con la igualdad y la libertad de todos los seres humanos.

Entre tantos libros y artículos con citas de clásicos a pié de página, entre tantos artículos de prensa y conferencias, hay cuatro argumentos que se repiten en su obra y que siempre presentó con rigor, con seriedad, pero también con enorme brillantez y agudeza, dos cualidades muy particulares de sus trabajos. Un primer argumento es la defensa del gobierno de las leyes frente al gobierno de los hombres. El segundo es el elogio de la democracia. El tercero es la defensa a ultranza de una política laica, opuesta a todo dogmatismo católico o comunista. Bobbio intentó superar el choque frontal entre capitalismo y comunismo por la vía de lo que llamaba el “socialismo liberal”. Y el cuarto argumento fue la defensa de los derechos humanos, que era su camino para hacer las críticas del fascismo y del comunismo. Para Bobbio los derechos humanos no deben considerarse una conquista de la burguesía, sino como “una afirmación de la cual había nacido el Estado liberal primero y el Estado democrático después, y a la que los propios comunistas tendrían que llegar para salvar a una revolución cuya importancia histórica yo había reconocido más de una vez en el curso del diálogo”.

Norberto Bobbio ha dejado fundamentalmente, en mi opinión, una importante lección escrita en su vida y en su obra que fue comprometer su trabajo intelectual y de profesor con la defensa de unos determinados ideales éticos y políticos. En lo

profundo de su vida y de su obra hay una importante convicción ética. Hace pocos años resumía así una de las grandes motivaciones de su obra: “Me acongoja pensar en los desafortunados. Sobre todo en los que murieron de adolescentes o apenas entrados en la edad adulta, cuyo recuerdo no he perdido. A causa de un accidente, una enfermedad, a consecuencias de las dramáticas peripecias vividas por mi generación, bombardeos, asechanzas, venganzas, choques bélicos, campos de exterminio. ¿Por qué ellos, precisamente ellos? Pregunta sin respuesta. Para un amante de la justicia, la muerte es la cosa peor repartida de este mundo”.

Bobbio se tenía como perteneciente a una generación que sufrió el infierno de la segunda guerra mundial y por motivo de aquellas circunstancias tuvo que pasar de los estudios políticamente asépticos a afrontar los grandes problemas de la democracia, la paz y los derechos humanos. Bobbio decía: “sin derechos del hombre reconocidos y protegidos no hay democracia, sin democracia no existen las condiciones mínimas para la solución pacífica de los conflictos sociales”. Aquellas circunstancias de los años 40 lo convirtieron en un “intelectual militante”, si bien esta calificación no le agradaba mucho. Él prefirió definirse a sí mismo como “un socialista liberal”.

En un artículo publicado en el libro “I dilemmi del liberalsocialismo” (1994), Bobbio contaba que una vez preguntaron a Ralf Dahrendorf por qué no le gustaba que lo llamaran “liberalsocialista” y su respuesta fue la siguiente: “El término italiano me parece ligeramente absurdo”. Sin embargo, Bobbio estudió el concepto del llamado “liberalsocialismo” en su historia y prestó especial atención a la obra de Carlo Rosselli de 1930 publicada en París y titulada “Socialisme libérale”, que fue parte importante de la ideología del Partido de la Acción al que Bobbio perteneció en 1942. A partir de ese estudio histórico y más allá de ese estudio histórico, en sus escritos se constata una simpatía a esa síntesis de socialismo y liberalismo.

En 1943 escribía: “Nosotros no creemos en un socialismo que no sea al mismo tiempo libertad”. Bobbio nunca quiso interrumpir el diálogo Este-Oeste. Creía que era posible superar la división del mundo a través de esa vía que llamaba “socialismo liberal”. El socialismo no es la antítesis del liberalismo, sino su continuación y cumplimiento, dice. Bobbio entendía que este socialismo liberal trataba de evitar los “ismos” y se presentaba como una síntesis entre el proceso de emancipación política de la Revolución Francesa y el proceso de emancipación económica del socialismo. Se podría decir, según Bobbio, que hay un socialismo que no pretende ser antiliberal. Recordaba a su maestro Luigi Einaudi quien, después de definir al hombre liberal y al hombre socialista, concluía: “El *optimum* no se alcanza en la paz forzada de la tiranía totalitaria; se toca en la lucha continua entre los dos ideales, ninguno de los cuales puede ser vencido sin daño común.” En todo caso queda la incógnita, decía Bobbio, de por qué no ha habido un partido liberalsocialista.

Más allá del llamado socialismo liberal, que es quizás una construcción artificial y no demasiado real, Norberto Bobbio afirma la posibilidad de una alternativa teórica y práctica: “me parece que se camina con los pies un poco más en la tierra si, en vez de los “ismos”, se habla de libertad e igualdad”. Era necesario, en su opinión, hablar de libertad para todos los pueblos, porque la mayoría no tiene

gobiernos democráticos, y hablar de igualdad porque no hay una justa distribución de la riqueza. “Siempre me he considerado un hombre de izquierdas”, escribía en 1995. La razón fundamental de su interés por la política “siempre ha sido mi malestar frente al espectáculo de las enormes desigualdades, tan desproporcionadas como injustificadas, entre ricos y pobres”.

En todo caso hay en Bobbio una permanente apuesta por el diálogo y la tolerancia. Sus escritos de 1993, “Dudar y elegir”, reflejan esas pugnas interiores y teóricas en que siempre se encontraba y que expresaban “un perenne estado de conciencia infeliz”. Él mismo dejó escrito en “Italia civile” cómo quería ser definido: “Aprendí a respetar las ideas ajenas, a detenerme ante el secreto de las conciencias, a entender antes de discutir, a discutir antes de condenar. Y como estoy en vena de confesiones, hago una más, quizás superflua: detesto con toda mi alma a los fanáticos”.